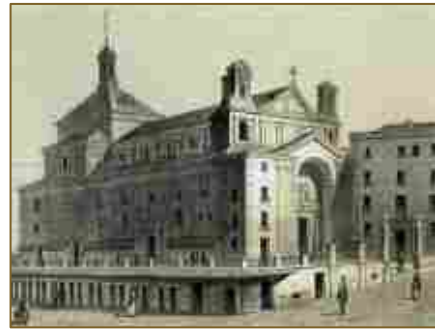


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 775 Domingo 23 de Julio de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Fin de fiesta**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Reflexión y cierre**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **La ausencia de un centro político en España**, *Juan Díez Nicolás*
- ✚ **Voto por correo: otra afrenta de Sánchez a la democracia**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **La planchadora**, *Alfonso Ussía*
- ✚ **Las mentiras inexplicables de Sánchez**, *Esperanza Aguirre*

Fin de fiesta

Emilio Álvarez frías

Lo cierto es que este fin de semana no sabe uno qué hacer, pues por aquello de que esta modesta publicación no surge cada día, o retrata aquí, en día desacostumbrado, lo que ha sucedido durante los días pasados, o se pone a soñar lo que ocurrirá en el día de hoy, 23 de julio, fecha buscada por Pedro Sánchez para, si puede, machacar a la derecha extrema y la extrema derecha, o se despierta de una vez y se da cuenta de que no es nadie, que ha estado viviendo en la galaxia que él mismo se montó sin pensar que algún día se desharía para dejarle volando en la soledad salvo la compañía de los pelotillas que han vivido para soportarlo en un mundo de mentiras y fábulas negativas, plagado de malas costumbres, de odios, de recuerdos que se habían olvidado –al menos lo justo– para la convivencia, y lanzando a los co-terráneos hacia un progreso que no ayuda a nadie pues conduce por estercoleros e ideologías que han dejado de tener vigencia.



Ante la duda de qué hacer, hemos pensado que lo mejor sería recoger lo que ha sucedido hasta la el fin de semana y empezar mañana con el nuevo calen-

dario pues, estamos convencidos, ha de traer nuevos aires, más limpios aunque en los primeros tiempos se mezclen todavía con el tufo que van soltando las heces mientras se asea la casa común.

Y ello porque, creemos, hay cosas que viene bien leer, aunque pertenezcan al pasado; más cuando es un pasado inmediato, pues nos mantienen alerta de lo que hemos de ir tirando en los días venideros, ya que no sirven para seguir respetando la Constitución una vez que se consigue baldear.

Reflexión y cierre

El debate menos seguido en muchos años no habrá movido prácticamente votos. El teatrillo montado por la Radiotelevisión que pagamos todos era demasiado burdo

Juan Van-Halen (*El debate*)

Durante algunos años –ay, tan lejanos– dirigí en TVE el espacio diario que finalizaba las emisiones, justo antes del cierre. Eran reflexiones literarias escritas para ese fin por las plumas más leídas del momento: «El alma se serena», que recordaba la célebre oda de Fray Luis a Francisco Salinas. En 1968 mi amigo Juan José Alonso Millán, por hacerme una gracia, utilizó el título para una obra de teatro que en 1970 llevó al cine José Luis Sáenz de Heredia. Aquel espacio literario se seguía bastante supongo que porque



TVE era la única televisión. Recuerdo aquella experiencia porque hoy vivimos la víspera electoral. Reflexión y cierre tras una campaña sucia, aderezada de falsedades e insultos, y ante la amenaza de la pérdida de votos por correo que parece ya menos grave gracias al encomiable trabajo de sus funcionarios

frente al cálculo de Sánchez y de su amigo el presidente de Correos.

Que Sánchez acuse de mentir a los demás cuando, si existiese, habría ganado en estos años el Nobel de la mentira, no extraña ya a nadie. Luego le desmiente hasta la UE como en el caso del peaje en las autovías. Seguí el último debate a tres –la veteranía me hace caer en un cierto masoquismo– y quedó claro que había dos personajes, Sánchez y Díaz, que no eran culpables de nada y no precisaban arrepentimiento alguno aunque aún hoy sigan siendo presidente y vicepresidenta del Gobierno que ha generado nuestra tétrica realidad actual. Parecían la oposición, la alternativa, y no los responsables. Díaz, Yoli la chulísima, se permitió preguntarle a Abascal cuántos agricultores había en España, cuando ella en su ámbito es incapaz de dar la cifra de trabajadores fijos discontinuos inactivos, un modo de maquillar el paro; más de 500.000 según estimaciones fiables.

Me sorprendió, o no tanto, el compadreo. Sánchez llamaba a Yoli por su nombre o vicepresidenta y ella a Sánchez Pedro. Pero se mostraban como si no hubiesen compartido el Consejo de Ministros, como si no hubieran decidido juntos las mayores barbaridades que ha padecido el país en los últimos decenios. Fortes, el moderador, uno de los suyos, el que tras una entrevista dijo a Sánchez «ha quedado muy bien ¿no?», parecía tener la misión de recordar la ausencia de Feijóo. Me he preguntado si acertó Feijóo no yendo al debate. Tras seguirlo creo que acertó. RTVE no es un espacio neutral. Días antes los sindicatos de la Radiotelevisión pública pidieron que no se votase ni al PP ni a Vox. Además, la ausencia de Bildu y de ERC favorecía a Sánchez y nos impedía escuchar a sus socios menos deseados pero imprescindibles; era lo que exigía Feijoo.

Quien dijo las verdades del barquero fue Abascal. Recordó a Yoli lo que era, comunista, y cuando la chulísima sacó a relucir la foto de Feijóo hace treinta años con un tipo que mucho después no fue precisamente ejemplar, le recordó sus tratos con la narcodictadura chavista. Abascal le habló también de su asesor en Galicia condenado por pederastia. El feminismo de quita y pon de Yoli quedó bajo mínimos. Mientras, Sánchez componía una imagen de púlpito. Se le veía incómodo. El tono general fue calmado y sólo llegó a encabrirse Yoli, la chulísima, que parece no aceptar al discrepante. La hoz y el martillo asoman siempre.

Hubiera sido positiva la ausencia de Abascal en ese sarao de Sánchez y Yo-



landa. La idea no es mía sino de un comentarista de mi anterior artículo. Hubiese sido un diálogo de presidente y vicepresidenta que por vergüenza torera habrían suspendido. Era un debate trucado de dos contra uno y ese uno resultó sensato y no mintió. Pero la mentira va en la natura-

leza de Sánchez y Yoli, la chulísima, progresa adecuadamente. Sánchez repitió que Feijóo había mentido en su cara a cara pero le desmienten las hemeotecas.

El debate menos seguido en muchos años no habrá movido prácticamente votos. El teatrillo montado por la Radiotelevisión que pagamos todos era demasiado burdo. Veremos mañana qué gritan las urnas. Personalmente deseo un cambio. Que España recupere la normalidad, que no vivamos en continua anomalía, que fomentemos la concordia y no el enfrentamiento, que apostemos por la humildad desterrando la soberbia rampante. Y todo ello desde un Gobierno centrado, equilibrado, capaz de superar las muchas trampas que dejará la caótica y dañina gestión del sanchismo.

La ausencia de un centro político en España

Solo un nuevo partido de centro impedirá que se mantenga y crezca la polarización en España, contribuyendo al equilibrio y a la moderación

Juan Díez Nicolás (*El Debate*)

Académico de número de la Real de Ciencias Morales y Políticas

España es una de las pocas democracias occidentales en las que no existe un partido de centro. Pero en las primeras elecciones generales democráticas de 1977 un partido creado dos meses antes, la Unión de Centro Democrático (UCD), ganó con un total de 6.310.711 votos y 165 escaños. La UCD superó en alrededor de un millón de votos al segundo partido más votado, el PSOE, que obtuvo 5.371.866 votos y 118 escaños. En las segundas elecciones, en 1979, prácticamente se repitieron los resultados, de manera que UCD logró 6.268.593 votos y 168 escaños, seguido del PSOE con 5.469.813 votos y 121 escaños. Todos los estudios realizados entonces, tanto por el CIS como por las empresas privadas, coincidían en señalar que la mayoría del electorado se consideraba de centro, y desde entonces el centro de gravedad ideológico se ha desplazado hacia el centro izquierda, donde sigue en la actualidad. Puede decirse que entre la UCD (la derecha moderada) y el



PSOE (la izquierda moderada), sumaron más del 60 por ciento de los votantes en ambas elecciones, lo que sugería que la gran mayoría del electorado era de centro.

En solo 3 años, en 1982, la UCD perdió 5 millones de votantes (solo obtuvo 1.425.093 votos y 11 escaños), que se repartieron entre el PSOE y AP, pues estos partidos crecieron en alrededor de 4 millones de votos cada uno por comparación con sus resultados de las anteriores elecciones (incremento que procedía de las pérdidas de UCD y del incremento en el censo electoral –que aumentó en más de 3 millones entre 1977 y 1983–, y también en la participación electoral que pasó del 70 por ciento al 80 por ciento).

A partir de ese momento, los diversos intentos por establecer un partido de centro en España han fracasado siempre. En 1982 Adolfo Suárez, que había dimitido como presidente del Gobierno y de la UCD en 1981, fundó Centro Democrático y Social (CDS), que en las elecciones legislativas de ese año, obtuvo solo 604.309 votos y 2 diputados. Su mejor resultado fue el de las siguientes elecciones, en 1986, en las que obtuvo 19 diputados, bajando a solo 14 en 1989, y luego dejó de tener representación en el Congreso de los Diputados. En las elecciones de 1986 se presentó otra formación política con intención de ser un partido de centro, el Partido Reformista Democrático (PRD), liderado por Miguel Roca, pero no logró ni un solo escaño y desapareció.

El siguiente intento por establecer un partido de centro fue la Unión Progreso y Democracia (UPyD), fundado por Rosa Díez, Miguel Buesa, Fernando Savater y otros. Lograron un escaño en las elecciones de 2008, y 5 en las siguientes de 2011, con algo más de un millón de votos, pero desaparecieron después al no obtener representación parlamentaria en 2015.

El intento más importante hasta la fecha por establecer un partido político de centro ha sido, sin ninguna duda, el de Ciudadanos (C's), creado en 2006 primero como partido en la comunidad autónoma de Cataluña, donde logró su mejor resultado en las elecciones autonómicas de septiembre de 2015, con 25 escaños y convirtiéndose en la segunda fuerza política de esa comunidad. La indecisión de Inés Arrimadas por presentarse a la elección como presidenta de esa comunidad marcó el principio del fin de ese partido en Cataluña. Pero al mismo tiempo Albert Rivera dio el salto a las elecciones legislativas nacionales, obteniendo su mejor resultado en las elecciones legislativas de diciembre de 2015, en las que logró más de 3,5 millones de votos y 40 diputados, convirtiéndose en el cuarto partido con más representación en el Congreso de los Diputados. Todavía en las siguientes elecciones de junio de 2016 recibió más de 3 millones de votos y 32 escaños, manteniéndose como la cuarta formación política. A partir de entonces ha ido perdiendo fuerza hasta llegar a las elecciones autonómicas y municipales de 28 de mayo de 2023 en las que no logró ni un diputado autonómico, de manera que casi se puede certificar su desaparición.



obteniendo su mejor resultado en las elecciones legislativas de diciembre de 2015, en las que logró más de 3,5 millones de votos y 40 diputados, convirtiéndose en el cuarto partido con más representación en el Congreso de los Diputados. Todavía en las siguientes elecciones de junio de 2016 recibió más de 3 millones de votos y 32 escaños, manteniéndose como la cuarta formación política. A partir de entonces ha ido perdiendo fuerza hasta llegar a las elecciones autonómicas y municipales de 28 de mayo de 2023 en las que no logró ni un diputado autonómico, de manera que casi se puede certificar su desaparición.

El fracaso de que no prospere un partido fuerte de centro puede atribuirse a que no existe la necesidad de un partido entre la derecha y la izquierda, a que no existe un electorado de centro, a que se ha impedido que exista dicha alternativa política de centro, o a la incapacidad política de sus líderes. Desgraciadamente, la ausencia de un partido de centro ha conducido a que tanto la derecha como la izquierda hayan recurrido a los partidos nacionalistas catalán y vasco cuando no tienen suficiente mayoría para consolidar un Gobierno. Pero precisamente esa razón justifica la necesidad de que exista un partido de centro, que haría innecesario el apoyo de partidos nacionalistas. Por otra parte, existe un electorado de centro, puesto que la mayoría del electorado se autocalifica como de centroizquierda y centro. Por tanto, parece que solo quedan la tercera y cuarta hipótesis, que se ha impedido que exista esa alternativa de centro, y el impedimento puede haber procedido de los partidos que se han beneficiado de su desaparición, PSOE, PP y de los partidos nacionalistas, o de la falta de financiación importante. O bien, los líderes políticos de esos intentos no han sabido mantener el equilibrio entre los partidos fuertes de izquierda y derecha. Pero los resultados descritos sugieren que existe

El fracaso de que no prospere un partido fuerte de centro puede atribuirse a que no existe la necesidad de un partido entre la derecha y la izquierda, a que no existe un electorado de centro, a que se ha impedido que exista dicha alternativa política de centro, o a la incapacidad política de sus líderes. Desgraciadamente, la ausencia de un partido de centro ha conducido a que tanto la derecha como la izquierda hayan recurrido a los partidos nacionalistas catalán y vasco cuando no tienen suficiente mayoría para consolidar un Gobierno. Pero precisamente esa razón justifica la necesidad de que exista un partido de centro, que haría innecesario el apoyo de partidos nacionalistas. Por otra parte, existe un electorado de centro, puesto que la mayoría del electorado se autocalifica como de centroizquierda y centro. Por tanto, parece que solo quedan la tercera y cuarta hipótesis, que se ha impedido que exista esa alternativa de centro, y el impedimento puede haber procedido de los partidos que se han beneficiado de su desaparición, PSOE, PP y de los partidos nacionalistas, o de la falta de financiación importante. O bien, los líderes políticos de esos intentos no han sabido mantener el equilibrio entre los partidos fuertes de izquierda y derecha. Pero los resultados descritos sugieren que existe

un electorado de alrededor de 2 millones de votantes que en cada elección se inclinan por uno u otro de los dos grandes partidos nacionales.

La ausencia de un partido de centro ha facilitado la polarización del electorado en dos bloques, uno más conservador y de derechas, otro más progresista y de izquierdas. Y los partidos nacionalistas, que podrían haber jugado el papel de equilibrar la vida política entre los dos bloques, se han alineado con el bloque de izquierdas, contribuyendo a la polarización. Solo un nuevo partido de centro impedirá que se mantenga y crezca la polarización en España, contribuyendo al equilibrio y a la moderación.

Voto por correo: otra afrenta de Sánchez a la democracia

«Seleccionar una fecha atípica con el fin de poner trabas a la participación política de parte de los españoles evidencia la escasa cultura democrática de Sánchez»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio y gerente del bufete Novalex Spain.

Mientras nos enfrascamos en los dimes y diretes de los debates electorales televisados e invertimos una parte nada desdeñable de tiempo en desmentir bulos, reproducir chascarrillos y compartir zascas, ignoramos al elefante en la habitación. Ciertamente, hay que reconocerle al sanchismo la habilidad para excomulgar de la comunidad democrática a cualquiera que se haya atrevido a señalar la irresponsabilidad del presidente de anunciar un 29 de mayo que adelantaba las elecciones generales al 23 de julio. Advertir sobre los problemas con el voto por correo poco menos que lo asemejan a cuestionar la democracia misma.

Millones de españoles ya habían organizado y reservado sus vacaciones, por lo que, aunque pudieron solicitar el voto por correo inmediatamente después



del anuncio de adelanto, la posibilidad de recibirlo y entregarlo en las oficinas pasaba por que les llegasen los sobres antes de marcharse. Los que escogieron como destino algún punto de nuestro país han podido solicitar la reexpedición y votar en el establecimiento de Correos de su residencia veraniega, pero los que han tenido que

abandonar el territorio nacional antes de recepcionar el sobre, se quedarán sin poder ejercer su derecho.

Y ello a pesar del enorme desempeño del personal de Correos, al que el adelanto electoral pilló con el cuadrante de las vacaciones de su plantilla ya ce-

rrado y sin los medios materiales necesarios para garantizar la entrega temprana de los más de dos millones y medio de solicitudes. El personal de nuestra empresa pública postal, con su esfuerzo, ha evitado que el caos del voto por correo haya derivado en un episodio democrático mucho más ignominioso. La magnitud del problema es tal, que la Junta Electoral Central (JEC) ha accedido, a instancias de Correos, a prorrogar el plazo para votar por correo hasta el viernes 21 de julio, a las 14 horas.

En nuestro país se ha batido el récord histórico de solicitudes para votar por correo: 2.622.808 de peticiones, es decir, tres veces más que las registradas en las elecciones generales de 2019 –que aunque no alcanzaron el millón ya suponía la segunda cifra más alta hasta la fecha–. Ayer, jueves 20, todavía había unas 400.000 personas sin votar, de las que algo menos de la mitad no habían recogido todavía la documentación electoral de las sucursales, tras el intento por parte de los carteros de localizarlos en sus domicilios. Si tenemos en cuenta que en los comicios generales celebrados entre los años 2000 y 2015 la media del voto por correo se situó en torno a los 650.000 (osciló entre los 482.000 en el año 2000 y 788.000 en el 2015), la posibilidad de que la cifra



de solicitantes que no acaben materializando su voto en estas elecciones ronde la mitad del total de electores por correo que otros años resulta escalofriante, ciertamente.

Que nadie olvide que la excepcionalidad de la situación y de la decisión adoptada por la JEC tiene origen en la irresponsabilidad consciente de

Pedro Sánchez y su equipo, que adelantaron los comicios a julio porque en sus cálculos estimaron que la desmovilización y la baja participación podían resultarles beneficiosas.

Por más que se empeñen los plañideros del sanchismo en acusar de trumpistas y antidemócratas a los que exponemos la gravedad de lo que viene sucediendo en torno al voto por correo, la cruda realidad es que su loado mesías presidencial, el mismo que siembra el temor sobre los derechos que serán arrebatados a los españoles si gobierna la derecha, escogió la fecha electoral a sabiendas de que dificultaría –cuando no impediría– a cientos de miles de ciudadanos hacer efectivo uno de los derechos fundamentales sobre los que pivota la democracia: el derecho al sufragio activo.

El artículo 23.1 de nuestra Constitución, siguiendo la línea marcada por el art. 21.1 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948, consagra internacionalmente el derecho de participación directa o a través de representantes libremente elegidos en elecciones periódicas con sufragio universal. La vertiente individual del derecho a la participación

política en los asuntos públicos es condición indispensable del Estado democrático, pues mediante ella los ciudadanos contribuimos a la formación democrática de la voluntad estatal, concretamente a través de la elección de los representantes que forman los órganos en donde ésa se expresa.

Seleccionar una fecha atípica del calendario con el indisimulado propósito de poner trabas al ejercicio por parte de los españoles del derecho a la participación política, a la actualización periódica de la soberanía nacional y a la materialización de la alternancia en el Gobierno pone en evidencia, una vez más, la escasa cultura democrática y catadura moral de Sánchez y de todos sus aplaudidores. No contentos con que vaya a haber cientos de miles de votos que no llegarán a las urnas a consecuencia de su decisión, se permiten despreciar desde su púlpito condescendiente a los que advirtieron de que esto pasaría. Nada más próximo al trumpismo que estos autoproclamados antitrumpistas.

La planchadora

El postureo planchador de la submarquesa es prueba irrefutable de su acelerada marcha hacia la absoluta mentecatez

Alfonso Ussía (*El Debate*)

Aparece en *El Epigrama Español* atribuido al insignificante poeta Ramón de Alvis.

*Se afana la planchadora
Planchando sobre una mesa,
Una blusa encantadora
De la señora marquesa.
Y decía para sí
Ya con la blusa planchada:
«Si no me tuviera a mí,
Iría siempre arrugada»*

De ahí, el ejemplo universal que nos ha dado doña Yolanda Díaz, submarquesa de Fene, planchando su blusa de seda en su hogar oficial, rodeada de fotógrafos, padeciendo la crueldad de una temperatura de 17 grados centígrados, e impidiendo que las cinco personas a su servicio en el hogar que habita de gorra, lo hagan por ella. Adjunto dos pareados, en esta ocasión de mi autoría:

*La submarquesa de Fene
Plancha cuando le conviene
En su planchero enfriado
Con aire acondicionado*

Me ha encandilado su gesto de concentración. Planchar una blusa de seda de Hermés, Löewe, Prada o Givenchy precisa de muchas horas de vuelo. Una presión extralimitada de tiempo puede originar un agujero en la blusa de imposible reparación. Y a un mitin no se va con agujeros en las blusas, del mismo

modo que Sánchez no sube a la tarima de la gloria sin que, previamente, su asesor de cremalleras compruebe que lleva la bragueta correctamente clausurada. De ahí el mimo, el afán de superarse en el planchamen blusero, la serenidad pasmosa transformando las arrugas sobre la seda en una pista de patinaje para las moscas. Y sobre todo, cumpliendo a rajatabla las recomendaciones del Gobierno de la que ella es, amén de vicepresidente, ministra de Trabajo. Mantener a 17 grados el aire acondicionado, a pesar del gasto



energético que ello supone, y de la factura de la luz, que ella no abona. Podría haber ajustado el aire a 20 grados, pero su modestia se lo impide. Diecisiete grados es más de pueblo, más de gente, más llevadero. Y sin aire acondicionado, planchar es un suplicio y origina riachuelos de incontrolada sudoración.

No obstante, reconozco que no llego a entender el objetivo del posado. Planchar una blusa de seda no garantiza un aumento de votos. Hay algo de delirio de la Cenicienta en las actitudes de la submarquesa comunista, que reúne en su alambicada personalidad rasgos y gestos de la

Cenicienta, de la madrastra, de las primas feas, y de los zapatitos de cristal.

Sucede que los zapatitos de cristal de La Cenicienta trabajadora y humilde no le cabrían, porque tiene un par de pies de prolongada quesería. Vuela por las redes una imagen de la planchadora del aire acondicionado, arreglándose los pies por una pedicura, y éstos presentan enormes proporciones. El profesor Ginaldi, que no es necesario que explique a los lectores de *El Debate* quién es y a qué se dedica, por ser de todos conocido, asegura que el tamaño de los pies está relacionado directamente con las dimensiones del apéndice nasal y el tamaño de las oquedades en el cerebro.

Es decir, que el postureo planchador de la submarquesa es prueba irrefutable de su acelerada marcha hacia la absoluta mentecatez.

Y no lo digo yo, sino el profesor Ginaldi, de reconocido prestigio.

Para mí, que es simplemente tonta, dicho sea con todo mi respeto.

Las mentiras inexplicables de Sánchez

«Mentir está mal, pero cambiar de posición como ha hecho el presidente, sin permiso de los que le han elegido creyendo que defendía otra posición, es peor»

Esperanza Aguirre (*El Subjetivo*)

La mentira es una palabra que sale constantemente en nuestras conversaciones cotidianas y que, sin entrar en honduras, todos sabemos lo que quiere decir cuando la utilizamos o cuando la escuchamos. Pero definirla de una manera clara y rigurosa no es tan fácil.

La RAE define la mentira como «expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se cree o se piensa». Mientras que San Agustín nos dice que «la mentira consiste en decir falsedad con intención de engañar». Pero, además de aceptar estas dos definiciones, que no se contradicen, hay que tener en cuenta que la mentira debe ser algo especialmente malo cuando Dios en el Sinaí, al entregar las Tablas de la Ley a Moisés, prohibió tajantemente la mentira en el octavo mandamiento, que dice «no mentirás».

En política y en los medios de comunicación la mentira, además de un concepto, es un instrumento que, desde tiempo inmemorial, es utilizado con el mayor descaro. Y lo es porque, desgraciadamente, da buenos resultados o, mejor sería decir, buenos dividendos.

Dos representantes destacados de los dos totalitarismos más nefastos de los últimos tiempos declararon, sin el menor rubor, la utilidad que se puede obtener al mentir. Lenin dijo eso de que «la mentira es un arma revolucionaria». Y Goebbels que «una mentira repetida muchas veces termina convertida en una gran verdad».

Lenin tenía claro que, para hacer su revolución, para acabar con la propiedad privada, con la libertad y para implantar la dictadura del proletariado, si había que mentir, se mentía. Y ¡vaya si mintió! Y ¡vaya si siguen mintiendo los dirigentes de los desdichados países que sufren dictaduras comunistas! Países que no son tan pocos y que, a algunos, como Nicaragua, Cuba y Venezuela, los sentimos muy cerca los españoles que amamos la libertad. Mienten tanto que, en realidad, en ellos todo es mentira.

Podemos incluso asegurar que, cuando en un país la mentira empieza a hacerse habitual, ese país está muy cerca de convertirse en una dictadura totalitaria. A tanto llega la identificación de la mentira con la desaparición de la libertad y con el triunfo de la tiranía.

La famosa frase de Goebbels no necesita demasiadas explicaciones porque, sin cesar, estamos viendo ejemplos de mentiras o medias verdades (que son una variedad muy peligrosa de las mentiras) que, a base de ser repetidas sin demostraciones fehacientes, en los medios de comunicación se convierten en verdades indiscutibles. Los ejemplos son muchísimos, pero citaré uno que me parece especialmente escandaloso: España nunca estuvo en la segunda Guerra de Irak. Sí estuvo en la primera con Felipe González y con tropas de reemplazo. A la segunda fuimos sólo a la reconstrucción.

En la política española de los últimos tiempos Sánchez ha tenido un protagonismo constante, hasta el punto de que ha eclipsado a todos sus numerosísimos ministros (de hecho, no me sé el nombre ni de la mitad). Desde su aparición en la primera línea de la política, empezó a sorprender su extraña relación con la verdad. Recuérdese que ya, el 1 de octubre de 2016, cuando el



Comité Federal de su partido quería someter a votación su postura del «no es no» que preconizaba para no investir a Rajoy, no le tembló el pulso para poner una urna detrás de una cortina para mentir falsificando el resultado.

Después, la cantidad de promesas que ha hecho para luego incumplirlas es tan grande que, una inmensa mayoría de españoles, con muchos socialistas entre ellos, le considera un mentiroso. Cómo estará de extendida esa opinión que ahora, que, por estar en campaña, ha accedido a bajar de su Olimpo y conceder entrevistas, ha tenido que soportar que Carlos Alsina, uno de los mejores entrevistadores de nuestras radios, le preguntara a bocajarro: «¿por qué nos ha mentido tanto?».

La lista de sus mentiras flagrantes es interminable y ya se la saben de memoria muchos españoles: que no indultaría a los golpistas catalanes, que no gobernaría con Podemos, que no derogaría la sedición, que no se imaginaba un gobierno en el que la mitad de sus ministros defendieran la autodeterminación de Cataluña, que no pactaría con Bildu, son algunas de las más trascendentales. Voy a limitarme a citar a Otegi, que le ha dicho, con el descaro, la chulería y el cinismo del que sabe que las relaciones entre Bildu y Sánchez son más que coyunturales: «No le puedes decir a la gente: yo llevo cuatro años aprobando los presupuestos con Bildu, pero ahora no me gusta Bildu, porque no es creíble. ¿Cuándo dejamos de tomar a la gente por boba?». ¡Pues eso! Por cierto, pronto veremos cómo Bildu pactará con el PSOE en Navarra.

La forma que ha tenido Sánchez de defenderse de la opinión extendida de que es un mentiroso ha sido la de calificar sus mentiras como cambios de posición, a los que se ha visto forzado por las circunstancias. Con esa excusa pretende presentarse como una persona honesta.

Pero veamos lo que significa cambiar de posición sobre asuntos de la máxima trascendencia, porque puede ocurrir que hacerlo, como lo ha hecho Sánchez, sea incluso más grave que mentir. Tomemos el ejemplo de sus negociaciones y pactos con Bildu. Antes de las elecciones de noviembre de 2019 dijo: «Con Bildu no vamos a pactar, si quiere se lo digo 20 veces». Y los que lo votaron creían que esa era su palabra.

Luego va y negocia y pacta con ellos, como le ha recordado el propio Otegi. Si le hacemos caso, eso es un cambio de posición, al que se ha visto forzado por las circunstancias. Pero ¿nos ha explicado a los españoles y, sobre todo, a sus votantes qué circunstancias son las que le han llevado a cambiar de posición? Para nada. Y aún más, si ha encontrado unas circunstancias tan graves que le fuerzan a ir contra un compromiso electoral tan solemne como aquel,



lo honesto hubiera sido explicarlo y, a continuación, disolver las Cortes y convocar elecciones en las que dijera, sin ambages, que iba a pactar con Bildu por esto, por esto y por esto. Claro que «esto» no es otra cosa que su afán de seguir en el colchón que hizo que le compráramos para vivir en La Moncloa y no bajarse del Falcon.

Mentir está mal, pero cambiar de posición, sin permiso de los que le han elegido creyendo que defendía otra posición, está aún peor.

especial